

SAN JUAN CRISOSTOMO

LAS XXI HOMILIAS DE LAS ESTATUAS

VOLUMEN I

Traducción por
D. Juan Oteo Uruñuela

Serie
Los Santos Padres
N.º 24

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-1458-1990

I.S.B.N.: 84-7770-161-X

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

Entre los innumerables escritos, discursos, sermones, tratados, homilías de San Juan Crisóstomo ocupan puesto preeminente las XXI HOMILIAS, LLAMADAS DE LAS ESTATUAS.

En el año 387, según cálculos bien fundados, las predicó en su ciudad natal Antioquía de Siria el segundo año de estar nombrado predicador por el obispo Flaviano, sucesor de Melecio desde 381, en la sede de Antioquía.

Estos discursos, dice Villemain, no tienen igual en la antigüedad. Después de haber consolado a aquellas apenadas almas Juan trabaja en reformarlas, azota los vicios dominantes, sobre todo la costumbre blasfema de los juramentos y execraciones: continuamente recuerda la vanidad e inconstancia de los bienes transitorios.

La ocasión de pronunciarlas fue como sigue:

A raíz de la exacción de un tributo nuevo impuesto por el Emperador Teodosio el Grande (346-395), ya para solemnizar un doble aniversario, el quinto de haber proclamado Augusto a su hijo Arcadio, y el décimo del Imperio de Teodosio, ya quizá también para recoger caudales para la guerra contra el tirano Máximo, ya para atender a públicas necesidades, hubo una sedición en Antioquía. O por lo gravoso del impuesto, o por la forma de exigirlo, un grande sentimiento se posesionó de Antioquía. Los notables de la ciudad acudieron afligidos al Prefecto en queja, y a Dios pidieron ayuda. Mas una amotinada turba de extraños y circunvecinos, excitaba los ánimos, se abalanzó a los crímenes el 26 de febrero del año 387. Destrozaron los baños públicos, de allí se dirigieron a la casa del Prefecto y rompiendo cerraduras y puertas, la allanaron. Al verse reprimidos se volvieron contra el Emperador, apedrearón, ensuciaron y arrancaron las lápidas del mismo, cargaron de injurias y denuestos a los dos Augustos, desmontaron las estatuas de Teodosio y de Flacila, ya difunta, y las arrastraron por la ciudad. Ya habían comenzado a cometer otros desmanes, cuando por un escuadrón de arqueros enviado por el Prefecto pudieron ser contenidos. Habían cometido un crimen de lesa majestad. Teodosio, no podía dejarlo impune, y en el arrebató de su cólera decidió arrasar la ciudad.

La ciudad lo comprendió y el temor se sobrepuso al furor. Flaviano, obispo santo, con el decidido propósito de implorar clemencia y mitigar las iras de Teodosio, salió para Constantinopla, donde el Emperador estaba aquel invierno. En Antioquía quedaba el entonces presbítero Juan, que estaba nombrado predicador desde su ordenación a fines del año 385 o principios de 386. Antes del motín predicó la primera homilía. En la segunda ya hace referencia a lo sucedido.

Había el orador de comentar pasajes de las Santas Escrituras, pero frecuentemente prescindió del texto para aludir a los acontecimientos. Siempre, empero, empeña su trabajo en reformar las costumbres cristianas, para lo cual fustiga incansable los vicios corrientes, como la blasfemia, la embriaguez, etc., y recuerda sin cesar la inestable vanidad de las cosas transitorias. Consuela a los apurados fieles, levanta los espíritus consternados y hace los oficios de padre celoso por el bien de sus hijos.

Dícese que estas homilías, pronunciadas por el presbítero Juan en su ciudad de Antioquía, a la edad de unos cuarenta y tres años, le merecieron el sobrenombre de Crisóstomo = pico o boca de oro, con el que es conocido en la historia. El sentimiento patrio, el inminente castigo de sus fieles y conciudadanos, el celo por la salvación de todos y por la glorificación de Jesucristo y de Dios, pusieron en llamas la grande elocuencia del mejor discípulo del mejor maestro de elocuencia entonces conocido, que fue Libanio.

Estas homilías son discursos vívidos, sentidos, pronunciados en fuerza de las circunstancias, más que metódicamente pensados y escritos. La necesidad y la oportunidad mueven el corazón, la inteligencia y la lengua del Crisóstomo en todos ellos: así llega al corazón, a la inteligencia y a las determinaciones de sus fieles y de los conciudadanos.

Aquella Cuaresma, envuelta en densísima nube de tristeza por los castigos experimentados y por los presentimientos aún más atormentadores con que empezó, fuese despejando poco a poco, primero por los eficaces consuelos del predicador, después por la enmienda de las costumbres, aceptada y premiada por Dios, y finalmente por las nuevas del perdón obtenido del Emperador.

Al llegar el día de Pascua y brillar el sol de la Resurrección del Señor, éste disipó toda la tristeza e inundó de santas y puras alegrías, las almas, cuando en aquella iglesia, la *Polea*, la antigua, se oyeron las palabras con que el santo obispo Flaviano se había dirigido al

corazón del religiosísimo Teodosio y que después de haberle conmovido hasta hacerle derramar lágrimas le persuadieron a conceder el perdón solicitado. Con fundamento se sospecha que el discurso pronunciado por el obispo ante el Emperador fue preparado y compuesto por el Crisóstomo. Ojéese el número I de la Homilía III y se oirán las mismas ideas del discurso de Flaviano en Constantinopla.

Esto baste como introducción, si no es que, para más conocer al Santo Juan Crisóstomo, añadimos unas fechas de su vida:

Juan de Antioquía, hijo de Segundo y Antusa.

<i>Nació en Antioquía de Siria, entre los años</i>	<i>344 a 347</i>
<i>Fue bautizado según los usos de entonces</i>	<i>367 a 370</i>
<i>Fue ordenado Lector por San Melecio</i>	<i>poco después</i>
<i>Hubo conato de nombrarle Obispo en</i>	<i>373</i>
<i>Se oculta en un monasterio cenobítico cuatro años</i>	<i>374 a 378</i>
<i>Después, por espacio de dos años, se hizo anacoreta</i>	<i>378 a 380</i>
<i>Fue ordenado de Diácono por Melecio</i>	<i>381</i>
<i>Fue ordenado de Sacerdote por San Flaviano a fines</i>	<i>385 ó 386</i>
<i>Fue nombrado Predicador en su ciudad</i>	<i>385 ó 386</i>
<i>Fue elegido Obispo de Constantinopla</i>	<i>398</i>
<i>Fue desterrado por Eudoxia Emperatriz (Elia)</i>	<i>404</i>
<i>Murió en el destierro de Armenia</i>	<i>407</i>

SAN JUAN CRISOSTOMO

Las XXI Homilías de Las Estatuas predicadas por San Juan Crisóstomo, siendo Presbítero, en la Palea o Iglesia llamada la Antigua al pueblo de Antioquía (de Siria)

HOMILIA I

SUMARIO. Advertencia y análisis de la Homilía I.

1. Doctrina de San Pablo. Valor de toda sentencia, por corta que sea, de la Escritura. Elección del tema de esta homilía.

2. Anuncia que profundizará en el tema. Enumera objeciones y preguntas a que responderá. Propone una digresión.

3. Alabando la virtud de Timoteo y la paternal solicitud de Pablo. Los santos tanto más temen, cuando más abundan sus méritos.

4. Medios con que Timoteo se fortifica contra los peligros de la juventud. Enfermo, no descuida los asuntos de Dios. La advertencia: *usa un poco de vino*, lejos de ser una condescendencia, es una llamada a la sobriedad. El vino es un don de Dios; la embriaguez, es obra del demonio.

5. Permitido es usar moderadamente del vino. De la embriaguez. Regla de la templanza. Solución de las cuestiones propuestas. Elevando el discurso, de un caso concreto, lo generaliza para todos cuantos sufren tribulaciones.

6. Causas varias porque Dios permite que los santos padezcan:

1.^a La tribulación los hace modestos y humildes.

7. 2.^a Manifiesta el poder de Dios; 3.^a, evita que sean tenidos por más que hombres. La idolatría es intento diabólico.

8. 4.^a Manifiesta que los buenos sirven a Dios no por los bienes presentes, ejemplo de Job; 5.^a es consuelo de los demás atribulados; 6.^a confirma la verdad de la resurrección y vida eterna.

9. 7.^a Invita a que imitemos a los que son hombres, como nosotros; 8.^a enseña a quienes debemos llamar dichosos, y a quienes desgraciados; 9.^a hace más estimables a los que sufren tribulaciones; 10.^a repara las faltas de la vida pasada; 11.^a, aumente los premios y las coronas.

10. EXHORTACIÓN. No pidamos cuenta a Dios de los trabajos, sino glorifiquémosle en todo. Comparación entre los frutos de la paciencia y de la limosna. Ejemplo de Job. Aplicación de los atribulados. Job, Lázaro el Pobre, los Apóstoles, los Profetas. los Patriarcas, los justos.

11. La acción de gracias contrapuesta a la blasfemia. Sé constante en el bien por más que sufras.

12. Los blasfemos sean corregidos y castigados. Ejemplo de Juan Bautista. Se responde al dicho: a mí ¿qué me importa?, no me toca nada. conclusión

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a La primera homilía de las Estatuas tuvo lugar en la Iglesia Antigua de Antioquía, llamada la *Palea* en griego. Esta y las restantes homilías, hasta sumar veintiuna, que nos han llegado a nosotros, y alguna desaparecida, predicólas siendo sólo Presbítero Juan de Antioquía. En el mes de febrero y días antes de la sedición acaecida el 26 del mismo mes, pronunció esta primera homilía.

2.^a ¿Qué fue lo que motivó el asunto de esta homilía? Habla de Pablo y de Timoteo, extendiéndose en panegirizar al discípulo y al maestro. ¿Es que se pronunció el día de San Timoteo, celebrado ahora en la Iglesia con fecha 24 de febrero? No es imposible, pero carezco de documentos para aseverarlo.

3.^a La ciudad de Antioquía, capital del Oriente, tenía un otro célebre santuario además de la *Palea*. fuera de la ciudad, más allá del río Oronte, estaba el Martyrium de San Babilas, del cual EVAGRIO habla en la Historia Eclesiástica (1-16) com en Patrología Groeca, 86 columna 2.468 es de ver. Levantado cerca del bosque de Apolo, hizo enmudecer aquel pagano centro de oráculos y cesar todas las prácticas adivinatorias (SOZOMENO, Historia Eclesiástica, V-19, Patrología Groeca 67, col. 1.271 y sig). Las peregrinaciones al santuario perturbaron las citas de amor en la calle de Dafne (Enciclop. Ital. Antioquía-Arte). Véase la nota puesta al final del núm. 9 de esta homilía I.

4.^a Cita San Crisóstomo la Escritura según la versión Alejandrina, mas en la traducción hemos tomado el texto de la vulgata latina según el Excmo. Sr. Torres Amat.

5.^a En dos partes está naturalmente dividida, panegírica la primera, exegética moral la segunda.

6.^a En ésta y en todas es de admirar cuánto profundiza y cómo se levanta por encima de las cosas temporales, y las mira y presenta desde la altura de Dios con una proyección vertical y distinta de la horizontal a que estamos habituados. Es un águila que volando enseña a sus polluelos a volar.

* * *

1. ¿Habéis oído la voz del Apóstol, la trompeta del cielo, la lira espiritual? Porque como trompeta anunciadora de algo terrorífico y bélico, llena de consternación a los enemigos y levanta los decaídos ánimos de los suyos, e infundiendo gran confianza en los que le prestan atención, los hace inexpugnables al diablo; y otras veces como lira, deleitando con mucho agrado, adormece los morbosos absurdos pensamientos y con placer nos proporciona utilidad grande. ¿Habéis, pues, oído hoy al que adoctrina de muchas y necesarias cosas a Timoteo? De las ordenaciones escribió al mismo diciendo: "*No impongas de ligero las manos sobre alguno, ni seas cómplice de pecados ajenos*"

(I Timoteo, 5-23): y expuso el intolerable peligro de tal prevaricación, demostrando que el suplicio de los males por otros perpetrados lo padecerán otros justamente con ellos, porque confirieron a la maldad el poder mediante la ordenación. Luego dice también: *“Usa de un poco de vino, por causa de tu estómago, y de tus frecuentes enfermedades”* (I TIMOTEO, 5-23). Y también de la obediencia de los siervos, y de la insensatez de los avaros, y de la arrogancia de los ricos, y de muchas más cosas nos ha enseñado.

Al no sernos posible recorrer todo esto, ¿qué queréis que de todo lo dicho proponga y diga a vuestra caridad? Porque como en un prado veo muchas y varias flores para escoger y, dilatada rosaleta, y muchas violetas, y no pocos lirios, y también por doquiera esparcido variado y copioso (polínico) fruto en el aire con mucha suavidad de olor: no digo prado, sino más bien (jardín), paraíso es la lectura de las divinas Escrituras: porque sus flores no tienen sólo fragancia, sino también fruto capaz de nutrir el alma.

—De lo dicho, ¿qué deseáis que tratemos hoy? ¿Queréis que discurremos de lo que parece ser más vil de todo, y lo que es más fácil de entender? A mí me agrada, y a vosotros, bien lo sé, también os gustará. Pero al cabo, ¿qué es lo más fácil de todo? Y ¿qué otra cosa parece ser ora lo más fácil a cualquiera, ora compendioso para decir? Veamos: ¿qué es eso?— *“Usa un poco de vino por causa de tu estómago, y por tus frecuentes enfermedades”* (I TIMOTEO, 5-23) e indisposiciones. Ea, pues: todo el discurso lo voy a dedicar a expresarlo.

AUN LAS SENTENCIAS MÍNIMAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SON PRECIOSAS. Mas hacemos esto, no por ambición, ni por ostentación de facundia en el decir, pues lo que se dice no es cosa nuestra, sino lo que el Espíritu (Santo) inspirase con su gracia; lo hacemos para levantar a los oyentes, aun a los perezosos, y para persuadir cuán grande es el tesoro de las Escrituras, y que si es libre, no sin peligro es el prescindir de ellas. Pues si ésta tenue y compendiosa expresión que a muchos parece no contener nada necesario, apareciere sernos causa de muchas riquezas, y dar ocasiones de altísima filosofía; mucho más aquellas cosas que de suyo ostentan doméstica abundancia, henchirán de tesoros infinitos a los que presten atención. Así, pues, ni aun aquellas sentencias de las Escrituras juzgadas por tenues, pasemos de ligero. Porque las mismas son también una gracia del Espíritu (Santo); y la gracia del Espíritu nunca es pequeña y vil, sino grande y admirable, y digna de la munificencia del dador. No escuchemos, pues, con

desidia; como los que funden el mineral de las minas, después que lo ponen en el horno, no tan sólo recogen las masas de oro, sino que también recogen las hojuelas (o pizquitas) con no poco cuidado. Así, pues, ya que sacamos el oro de la mina apostólica, no para echarlo en el horno, sino para introducirlo en los pensamientos de vuestra alma, no para levantar llamas, sí para excitar el fuego del espíritu aún. las migajitas han de recogerse con grande diligencia. Por corta que sea la sentencia, es no obstante de gran (poder y) virtud. Que también las gemas (o perlas) tienen su (valor) y hermosura, no por la mole del cuerpo, sino por la naturaleza de su hermosura; así es también la lección de las Divinas Escrituras. Efectivamente, la externa doctrina que ofrece muchas bromas (o burlas), que infunde en los oyentes muchas sutilezas, los despide con las manos vacías, sin que hayan ganado emolumento alguno, ni grande, ni pequeño. Pero la gracia del Espíritu no así, antes por el contrario en las sentencias, aun en las más módicas, proporciona a todos cuantos las penetran filosofía; y frecuentemente a muchos el haber entresacado una sola palabra, es suficiente viático para toda la vida.

2. Pues ya que tanta es la abundancia, despertémonos y atentamente recibamos lo que se diga: porque pienso profundizar mucho el discurso.

Con todo a muchos la advertencia ésta paréceles hasta ser superflua y redundante en algún modo, y discurren así: —¿Es que Timoteo no podía conjeturar que debía (o que necesitaba) usar vino, y tenía que esperar el oírlo (y aprenderlo) del maestro?— Y ¿qué es eso, que el maestro no tan sólo lo mandó, sino que, como en columna de bronce, lo cinceló con letras, escribiéndolo en la carta a él dirigida; y no se avergüenza de encomendar estas cosas en carta, y mandarlas al discípulo para que fuesen públicamente leídas?

—Pues para que aprendas que no sólo no redundaba la advertencia, sino que es necesaria y utilísima; y que no fue Pablo, sino la gracia del Espíritu (Santo) quien lo hizo, para que no solamente fuese dicho, sino que fuese dado por escrito y llegase a todos los venideros por medio de esta epístola; vendremos luego a la misma prueba.

—A todo esto hay también quienes están no menos perplejos por otra cosa, y que preguntan: ¿por qué causa permitió Dios que un varón, de tanto poder, que sus huesos y reliquias arrojaban los demonios, contrajese tanta enfermedad? Porque no es que estaba levemente enfermo, sino de continuo (crónico), y con enfermedades intermiten-

tes, y continuas que no le daban un punto de respiro—.Y ¿por dónde sabemos ser esto manifiesto? —Por las mismas palabras de Pablo. Que no dijo “*por tu enfermedad*”, sino “*por tus enfermedades*”; y para expresar la continuidad de ellas decía: “*por tus frecuentes enfermedades*”

Oigan los que, padecidos de crónica enfermedad, la soportan mal-humorados y caídos de ánimo.

—Pero además se pregunta esto: ¿por que, siendo, santo, enfermaba y con tanta frecuencia enfermaba, y además teniendo encomendados los públicos negocios del mundo? Porque si él fuera uno de los que se retiraron a las cimas de los montes, y labraron celdas en la soledad y eligieron vida ajena de tales negocios, no sería tan dudoso lo que se inquiera. Pero que puesto en (alto) medio, y teniendo encomendado el cuidado de tantas iglesias, y las ciudades todas, y las naciones, y toda la redondez de la tierra, que haya estado sometido a la pena de la enfermedad, esto es lo que puede llevar hasta el completo estupor, sobre todo a quien no fija su atención (reflexionando). Ya que no por sí, al menos por los demás, debía tener salud. El Emperador estaba muy sano: estaba haciendo la guerra no sólo contra los infieles, sino contra los demonios (enemigos) y contra el mismo diablo: los enemigos todos amenazaban con vehemencia, dispersando el ejército y haciendo cautivos: éste empero (Timoteo) que a infinitos podía reducir a la verdad, estaba enfermo. Y se añade: aunque ningún daño se infiere a los asuntos por esta enfermedad, ella por sí sola podía hacer a los fieles más perezosos y más dejados. Si los soldados, al ver al general retenido en cama, se hacen más descuidado y más tardos para pelear; mucho más igual era que los fieles, viendo a su maestro, después, de tantos portentos obrados, continuamente enfermo y padeciendo de enfermedad corporal, hayan experimentado algo humano.

—Y ni esto solo, sino otra cosa alegan vacilantes: ¿por qué ni él a sí mismo, ni su maestro curó al enfermo: sino que resucitaban muertos, y lanzaban demonios, y fácilmente vencían la muerte; pero un solo cuerpo enfermo no curaban; y los que, tanto en vida como después de muertos, manifestaron tanto poder en los cuerpos ajenos, no levantaban el estómago caído; y lo que es más. Pablo ni se avergüenza ni se sonroja, después de tantos y tantos portentos hechos con sola la palabra, de escribir a Timoteo que acuda a la medicina del vino. No porque sea deshonoroso (y malo) el beber vino no; esa es doctrina

enseñada por herejes: sino porque no creyese que era indecoroso no poder curar (aliviar el estómago) el órgano enfermo, si no es con su ayuda (del vino).

Mas en verdad, tan lejos estuvo de avergonzarse, que a todos los venideros lo ha dejado manifiesto.

—¿Veis a qué profundidad hemos llegado en el discurso? ¿Cómo lo que parece pequeño origina innumerables preguntas?

Ea pues: propongamos la solución (o respuesta).

Por lo tanto, descendemos a lo bajo para que al despertar vuestras mentes, con seguridad coloquemos los sentidos.

3. Mas os ruego me permitáis, antes de dar solución a estas preguntas, decir algo de la virtud de Timoteo y del cuidado de Pablo.

¿Quién hubo más amante que aquel que ausente tanto tiempo y envuelto en tantos negocios, tenía tanta providencia de la curación estomacal del discípulo, y con tanto cuidado escribía de la corrección (medicación) de la dolencia y enfermedad?

VIRTUD DE TIMOTEO. Pero ¿que hay igual a la virtud de Timoteo? De tal modo despreciaba las delicadezas, y menospreciaba la mesa opípara, que caía enfermo por la austeridad de la comida y el excesivo ayunar. Porque el no ser él enfermo por natural, sino por haber gastado la fuerza (o actividad) del estómago con el agua, y con beber agua sola, oídló al mismo Pablo, que lo manifiesta diligentemente, no dice sencillamente: “*usa de un poco de vino*”, sino que habiendo antes dicho: “*no prosigas en beber agua (sola)*”, después le dio consejo de beber vino. Y la palabra más es para significar que hasta entonces bebía agua y por ello está enfermo. ¿Quién no admira su filosofía (sabiduría) y diligencia? Había tocado los cielos, había llegado a la cumbre de la virtud: y el maestro lo atestigua diciendo así: “*He enviado a vosotros a Timoteo, el cual es hijo mío carísimo y fiel en el Señor*” (I CORINTIOS, 4-17). Y cuando Pablo le llama *hijo*, e *hijo carísimo* y *fiel*, estas palabras son bastantes para demostrar toda la virtud de aquel. Porque los juicios los fundan los santos, no en la amistad, ni en la enemistad, sino que están libre de todo anterior prejuicio. Timoteo no hubiera sido tan dichoso siendo hijo de Pablo naturalmente, como digno de admiración es ahora, porque no tocándole nada por el parentesco natural, por la cognación (o parentesco) de religión, tuvo la adopción del mismo, conservando diligentemente los caracteres de su enseñanza en todas las cosas. Porque como un novillo uncido con un toro, así llevaba el yugo con él por doquiera, y en nada desfallecía

por causa de la edad, sino que ponía empeño para emular al maestro en sus trabajos. Testigo de ello es nuevamente el mismo Pablo, al decir así: *“Ninguno le tenga en poco (por ser mozo), pues trabaja, como yo, en la obra del Señor”* (I CORINTIOS, 16-10,11). ¿Veis como le atestigua un empeño del todo igual? Seguidamente, para que lo dicho no pareciera (adulación o) gracia, a los oyentes hácelos testigos de la virtud del hijo, diciendo: *“Pues ya sabéis vosotros la experiencia que tento de él, habiéndome servido en la predicación del Evangelio como un hijo al lado de su padre”* (FILIPENSES, 2-22).

Con todo, habiendo ascendido a tanta altura de oficios, ni así confiaba, sino que andaba con ansiedad de ánimo y con temor: y por lo mismo ayunaba instantemente, y no experimentaba, como muchos, quienes dándose a ayunar durante diez o veinte meses, lo deshacen todo de repente. Mas él nada de esto padeció, ni en tal cosa pensó; no se dijo: ¿Qué necesidad tengo yo de ayunar en adelante? He vencido; superado he las concupiscencias, he mortificado mi cuerpo, espanté a los demonios, expelí al diablo, resucité muertos, curé leprosos, soy terrible a los poderes enemigos: ¿qué necesidad tengo yo de ayunar más y de semejante cautela?

LOS SANTOS TANTO MÁS TEMEN CUANTO MÁS ABUNDAN EN MERECEMIENTOS. Nada semejante dijo o pensó; antes cuanto más abundaba en méritos, más temía y temblaba, y esta filosofía del maestro la aprendía. Porque arrebatado éste al tercer cielo, y llevado al paraíso, y oídas palabras inefables, y hecho particionero de tales misterios, habiendo recorrido todo el orbe como si tuviese alas, al escribir a los Corintios decía: *“Me avergüenzo, no sea que habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado”* (I CORINTIOS, 9-27). Pues si Pablo, después de tantos y tales oficios, teme, él que pudo decir: *“El mundo está (muerto y) crucificado para mí, como lo estoy para el mundo”* (GÁLATAS, 6-14); mucho más debemos nosotros temer, y tanto más, cuanto cosas mayores hayamos obrado. Porque el diablo entonces se hace más cruel, más se enfurece, cuando ha visto que ordenamos con diligencia nuestra vida; cuando ha visto preparados los cargamentos de virtud, y grandes montones, entonces intenta producir más grande naufragio. Porque cuando un vil y abyecto hombre fuere suplantado y cayere, no infiere tan gran daño a la vida común; mas cuando el que se halla en alto colocado, como un espejo de virtud, y que es a todos conocido y manifiesto, y de todos admirado, si tentado cayere, produce ruina y daño grande; no sólo por caer de alto, sino

porque a muchos otros, que se miraban en él, los torna más desidiosos. Y como en el cuerpo, si se estropea un miembro (una mano, un pie) no causa un daño mayor; pero perdidos los ojos, o gravemente herida la cabeza, todo el cuerpo se inutiliza; así debe decirse de los santos y de los grandes beneméritos: cuando ellos se apagaren, por haber contraído alguna mancha, todo lo restante del cuerpo padece intolerable detrimento.

4. Pues teniendo Timoteo conocidas todas estas cosas, fortificábase por todos lados. Sabía que la juventud es cosa difícil, que es voluble, fácil de ser engañada, resbaladiza, y necesitada de freno más vehemente; que es una pira que prende todo lo exterior y lo inflama con facilidad y aceleración. Por esto le ponía estorbos por todas partes, para contenerla, y cuidaba de apagar esa llama por todos los medios: y al potro desbocado, que a duras penas obedecía al freno, lo atormentaba con valentía hasta cortarle las exuberancias, y hacerle obediente, y someterlo con gran dominio al imperio de la razón, para que ésta lo guíe. Hízose esta cuenta: enferme el cuerpo, y no enferme el ánimo: refrénese la carne, y no se impida la carrera del alma al cielo.

Mas con esto y todo, cada cual podrá admirar que, padeciendo tal enfermedad, y tanta enfermedad, no descuidaba los negocios de Dios, sino que volaba a todas partes ya a Efeso, ya a Corinto, ya con frecuencia a Macedonia y a Italia, por mar y por tierra apareciendo al lado de su maestro, más y mejor que los sanos y robustos de cuerpo, en todos los combates y en los peligros continuos, participando con él que ni a la filosofía (sabiduría) del ánimo derribó la debilidad del cuerpo: ¡tan valiente es el celo de Dios, tan ligera hace las alas! Que así como a los que tienen cuerpos pingües y robustos le son de ningún provecho, si el ánimo está caído, perezoso y tardo; así a los débiles ningún daño vendrá de la flacura, si el ánimo es fuerte, generoso y despejado.

—Mas a algunos parece que esta advertencia y consejo es una condescendencia y permiso de beber vino con mayor libertad; pero no es así—. Antes bien, examinada con atención la sentencia, es una advertencia de la sobriedad. Y si no, reflexiona cómo Pablo no ha dado este consejo desde luego y el principio, sino después que hubo visto consumida toda la fuerza, entonces *aconsejó*; y esto no sencillamente, sino con una anotación: pues no dijo: “*usa de vino*”, sino así: “*usa de un poco de vino*” no porque Timoteo estuviera necesitado de esta

(advertencia) admonición, sino porque nosotros la necesitamos. De ahí, que escribiéndole a él, nos puso a nosotros la medida y límites de beber vino, mandando beber tanto cuanto ayude a la salud, cuanto de al cuerpo sanidad, y no otra enfermedad: porque el desordenado beber vino engendra, no menos, sino mucho más, y más difíciles enfermedades del ánimo y del cuerpo, que el inmoderado beber agua: la guerra de las pasiones, introduciendo en la mente (imaginación) una tempestad de absurdos pensamientos y haciendo la energía corporal más muelle y más disoluta. Porque ni la tierra trabajada por una crecida de aguas se estraga desde luego tanto, como la energía corporal se ablanda, se corre y se disipa embalsada continuamente de vino.

Huyamos, pues, la destemplanza de todos modos, ya mirando por la salud del cuerpo, ya recortando las exuberancias lascivas del mismo. Porque el vino es un don de Dios, no para que nos embriaguemos, sino para que seamos sobrios; para que disfrutemos, no para que nos tengamos que doler. *“Porque el vino recrea el corazón del hombre”* (SALMO, 103-15), dijo David; y tú lo conviertes en materia de tristeza. Porque los ebrios están con el ánimo excesivamente cargado, con muchas tinieblas esparcidas en la mente. Es óptima medicina (el vino) cuando tiene óptima medida.

Este lugar también es útil contra los herejes, que acusan a la criatura de Dios: puesto que si (el vino) fuera de los prohibidos, no le hubiese permitido Pablo, y hubiera dicho que no se ha de usar vino. Y no sólo contra los herejes, sino contra los más bobos de nuestros hermanos, quienes luego de haber visto a algunos deshonorarse por embriaguez, omitiendo el vituperarlos (y corregirlos, y olvidándose de dolerse de ellos), calumnian el fruto dado por Dios, diciendo: ¡Qué no haya vino.

—A éstos, pues, digamos: ¡Qué no haya embriaguez! ¡Fuera la embriaguez! Porque el vino es de Dios, y la embriaguez es obra del demonio, no es el vino, sino la destemplanza lo que causa la embriaguez; no acuses a la criatura de Dios, sino reprende la insensatez del consiervo. Mas tú, que omites castigar y corregir al que peca, ¿contumelias al bienhechor?

5. PERMITIDO ES EL USO MODERADO DEL VINO. Y si habíais oído a algunos decir esto, hagámosles enmudecer, pues no el uso, sin la falta de moderación causa la embriaguez: la embriaguez, digo, causa de todo este mal. El vino fue dado para levantar el cuerpo lánguido, no para que oprima la fortaleza del alma; para que quite la debilidad de

la carne, no para que destruya la salud del alma. Guárdate, pues tú, que destempladamente abusas del don de Dios, de dar ocasiones a los necios y más imprudentes. Porque ¿acaso hay algo más miserable que la embriaguez? El ebrio es un muerto animado: es un demonio voluntario; enfermedad que no merece perdón, ruina que carece de excusa, oprobio común de nuestro linaje. El ebrio no sólo es inútil en las asambleas, o en los negocios privados o públicos, sino que por su aspecto solo es molestísimo, exhalando asqueroso hedor. Los eructos y bostezos, las voces destempladas y molestas de los borrachos llenan de extrema abominación a los que los miran y están reunidos; y lo que es el mayor y cabeza de los males, esta enfermedad hace el cielo inaccesible a los borrachos, y no permite conseguir los bienes eternos, sino que además del oprobio de esta vida, queda una pena intolerable allí para los que padecen este mal.

Cortemos, pues, esta ímproba costumbre y oigamos a Pablo que dice: *“Usa de un poco de vino”*, que ese poco lo permitió por la enfermedad; que si la flaqueza no le hubiera vejado, ni a admitir ese poco hubiese forzado al discípulo. Pues hay que medir siempre con los tiempos y necesidades los manjares y bebidas que se nos han dado, y nunca exceder la necesidad, ni hacer cosa imprudente y temerariamente.

Y ahora que hemos aprendido el cuidado de Pablo y la virtud de Timoteo, encamínese el discurso a resolver las preguntas. —Y ¿cuáles son las preguntas? Es necesario repetirlas para que la solución sea más clara.

—Por qué a este santo, que trataba tantos negocios de Dios, permitió que cayera enfermo, y

—Por qué ni él mismo, ni el maestro, pudieron curar la enfermedad, sino que necesitaron auxiliarse con beber vino.

En verdad éstas eran las cuestiones: mas es necesario dar una solución tal, que no sólo si alguno cayere en morbo y enfermedad semejante, sino quienquiera que padeciere pobreza, y hambre, y cadenas, y tormentos y tentaciones, y calumnias, y las restantes incomodidades de esta vida, y también los santos y admirables varones, puedan encontrar en lo que hoy se ha de decir, idónea y manifestísima defensa contra los que quieren acusar. Porque habéis oído a muchos que preguntan así: —¿Por qué aquel hombre modesto y manso es cada día citado a juicio por otro impío y hombre malo, y sufre incontables molestias? —¿Y Dios lo permite? —¿Por qué otro acusado, injustamen-

te fue muerto? —Aquél se ahogó, añade, otro se despeñó, y podríamos aducir muchos casos, de ahora y del tiempo de nuestros mayores, que sufrieron tribulaciones, muchas, diferentes y varias. Por tanto, para ver la razón de todo esto, y para que no nos turbemos nosotros ni descuidemos a otros escandalizados, atendamos diligentemente a lo que ahora se ha de decir.

6. CAUSAS VARIAS PORQUE DIOS PERMITE QUE LOS SANTOS SUFRAN TRABAJOS. Ocho causas puedo exponer a vuestra caridad de la varia y omnímoda aflicción de los santos. Por tanto, prestad todos diligente atención, sabiendo que después, no se nos dará venia alguna y excusa si nos escandalizaremos de los sucesos, si nos alborotamos y turbamos, lo mismo que si no hubiera razón alguna, existiendo tantas.

Así, pues, sea la primera: Dios permite que sean afligidos, para que no se engrían y no se hagan con facilidad arrogantes por motivo de la magnitud de los méritos y milagros.

La segunda: para que los demás no conciban de ellos una opinión mayor que lo que puede la naturaleza humana y piensen que no son hombres, sino dioses.

La tercera: para que por medio de los enfermos y encarcelados se manifieste el poder de Dios, sobresaliendo, y venciendo, y acreciendo la predicación.

La cuarta: para que la paciencia de los mismos sea más manifiesta, y que no sirven a Dios por recompensa humana, sino que tienen tanto agradecimiento, que aun después de tantos males, se expresan con sincera benevolencia para con el mismo (Dios).

La quinta: para que pensemos en la resurrección, porque cuando hayas visto cómo ha partido de aquí el varón justo y lleno de mucha virtud, habiendo sufrido innumerables males; hasta sin querer tienes que pensar en el juicio que allí se hará. Pues si el hombre no consiente en despedir sin premio y retribución a los que han trabajado para él, mucho menos decretará Dios que los que tanto trabajaron (y sufrieron) queden sin corona (eternamente). Y dado que no quiere privarlos con la paga de los trabajos, es del todo necesario que haya, después del fin de lo presente, otro tiempo en que reciban la recompensa de los trabajos de la presente vida.

La sexta: para que cuantos caen en la adversidad tengan suficiente alivio y consuelo, mirando en ellos (en los santos) y acordándose de los males que les acaecieron.

La séptima: para que cuando os exhortemos a imitar sus virtudes,

y decimos: imitad a Pablo, imitad a Pedro, no os retraigáis de la imitación pensando que ellos fueron de otro natural, juzgando por lo sublime de sus hechos.'

La octava: para que al tener que contar los dichosos y los miserables, sepamos cuales son dichosos y cuales miserables y desgraciados.

Así, pues, éstas son las causas, pero conviene confirmarlas todas con las Escrituras, y demostrar con cuidado que todo lo antedicho no son invenciones de humanos pensamientos, sino que son sentencias de las divinas Escrituras. Y así el discurso será más fidedigno y mejor se fijará de asiento en vuestros ánimos.'

Efectivamente, que la tribulación comunique a los santos el que sean modestos y humildes, y que por esto permite Dios que les sobrevenga, oigamos al profeta David y a Pablo, quienes dicen: "*Bien está que me hayas humillado, para que (así) aprenda tus justísimos preceptos*" (SALMO, 118-71); y éste, que primero dijo: "*Conozco a un hombre... arrebatado hasta el tercer cielo*", añadió: "*para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, se me ha dado el estímulo de mi carne... para que me abofetee*" (2 CORINTIO, 2-27). ¿Qué cosa más clara? Para que no me desvanezca, dice, por esto permitió Dios a los enviados de satanás azotarme. Y llama ángeles (enviados) de satanás, no a algunos demonios, sino a hombres servidores del diablo, a los tiranos infieles, gentiles, que de continuo le estaban molestando y le vejaban. Y lo que dice es de este tenor: Podía Dios contener las persecuciones y penalidades asiduas: pero como fui arrebatado al tercero cielo y llevado al paraíso, para que no me desvanezca por la grandeza de estas revelaciones y me estime en mucho, permitió estas persecuciones, y al ángel de satanás azotarme con persecuciones y tribulaciones, para que no me engría. Porque si bien Pablo y Pedro, y todos los que se les parecen, sean santos y admirables, con todo son hombres y necesitan grande precaución, para que no se engrían fácilmente, y más que todos los santos, pues nada suele provocar tanto la arrogancia como el alma que vive con la conciencia de estar llena de méritos y confiada. Pues para que no les suceda tal cosa otorgó (Dios) corregirlos y persuadirles que en todo se porten con moderación.

7. Y que esto ayude grandemente a manifestar el poder de Dios aprenderlo también del mismo Apóstol quien antes lo había dicho. Y para que no digáis que los infieles piensan que el dios que permite tales cosas es débil, y que no puede librar de peligros a los suyos,

porque los deja estar afligidos continuamente; considera esto: Pablo que ha demostrado que todo cuanto se hiciere, no sólo no arguye debilidad de Dios sino que a todos ostenta su poder. Porque habiendo dicho: *“Se me ha dado el estímulo (o aguijón) de mi carne (que es como) un ángel de Satanás, para que me abofetee”* (2 CORINTIOS, 127) y con esto hubiese demostrado las frecuentes tentaciones, infirió: *“Sobre lo cual por tres veces pedí al Señor que (le) apartase de mí”*. Y respondiéndome: *“Bástate mi gracia; que el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza”* (2 CORINTIOS, 2-8,9). Entonces, añadió, es cuando mi potencia se demuestra, cuando estáis bajo la enfermedad, y por vosotros, que parecéis ser débiles, se acrece la palabra de la predicación y se esparce por doquiera. Así que, cuando fue encarcelado, después de recibidos innumerables azotes, vencían al carcelero (HA, 16): en el cepo estaban los pies, encadenadas las manos con esposas, y la cárcel se estremecía a la media noche, cuando ellos alababan a Dios.

EL PODER DE DIOS MÁS SE MANIFIESTA EN LAS PENALIDADES DE LOS SANTOS. ¿Adviertes cómo el poder de él resplandecía en la enfermedad? Si Pablo hubiera estado suelto y hubiese sacudido aquella cárcel (su morada), no hubiera sido de admirar tanto lo que sucedía. Así es que, dice: quede atado, y conmuévanse los cimientos, y queden sueltos todos los presos; mas esto mismo es lo que al carcelero venció, que estando en tanta necesidad, pudo con sola la oración sacudir los cimientos en realidad, y abrir las puertas de la cárcel, y soltar a todos los prisioneros. Y no sólo aquí, sino también en Pedro, y en el mismo Pablo, y en otros Apóstoles podría cualquiera ver que esto se repetía continuamente, y que en las persecuciones florecía la gracia de Dios, y aparecía en las tribulaciones y así pregonaba su poder. Por esto decía: *“Bástate mi gracia”*.

Pues de que con frecuencia muchos habrían de sospechar de ellos cosas mayores que la natural condición de hombres, de no haberles visto que padecían tales cosas, escuchad cómo temió Pablo: *“Verdad es que, si quisiese gloriarme, podría hacerlo sin ser imprudente, porque diría verdad; pero me contengo, a fin de que nadie forme de mi persona un concepto superior a aquello que en mí ve, o de mí oye”* (2 CORINTIOS, 2-6) ¿Y qué es lo que dice? Podría contar milagros mucho mayores, dice; pero no quiero, para que la magnitud de los portentos no induzca a los hombres a sospechar mayores cosas de mí. Por esto también Pedro, después que curó al cojo paralítico, y de todos era

admirado, para contenerlos y persuadirlos de que él nada había ejecutado por su virtud, dice: “¿Por qué os maravilláis de esto, y por qué nos estáis mirando a nosotros, como si por virtud o potestad nuestra hubiésemos hecho andar a este hombre?” (HA, 14 12). Mad advertid la malicia del diablo: por aquellos por quienes el Señor pretendía arrojar del mundo la impiedad, por estos mismos quería introducirla, persuadiendo otra vez que pensasen que (aquellos) hombres eran dioses; lo mismo que hizo en tiempos anteriores, y esto principalmente es lo que introdujo el principio y la raíz de la idolatría. Pues muchos que habían guerreado con fortuna, y habían erigido monumentos, y edificando ciudades, y los que se habían granjeado el favor de los hombres, de muchos fueron tenidos por dioses, y honrados en templos y altares; de modo que toda la caterva de dioses gentiles fue enriquecida con tales hombres.

POR QUÉ HAYA PERMITIDO DIOS QUE LOS SANTOS SEAN HERIDOS Y ATORMENTADOS. Pues para que esto no sucediera en los santos permitió Dios que a la continua fuesen desterrados, azotados y caídos en enfermedades varias: para que la excesiva debilidad corporal, y las muchas tentaciones persuadiesen a los presentes que, aquellos que hacían tales milagros, eran hombres, y que nada ponían de sí mismos, sino que sola la gracia obraba todo esto mediante ellos. Porque si a los que hicieron pocas y viles obras tuviéronlos por dioses, con más motivo hubieran pensado que lo eran los que habían hecho tales cosas, cuales jamás hubo nadie visto, ni oído, si no hubieran padecido como hombres. Porque si aun estando azotados, despeñados, desterrados, en peligro cada día, algunos vinieron a dar en esta impía opinión, a pesar de todo; con más motivo hubieran juzgado de tal modo, si nada hubiesen padecido como hombres.

8. Así, pues, ésta es en verdad la tercera causa de la tribulación; mas la cuarta es para que no se piense que los santos adoran a Dios con miras a la esperanza de la dicha presente. Porque muchos, acusados a veces por muchos otros de los que viven en la abundancia, y llamados a los trabajos de la virtud, y que oyen alabar a los santos por la alegre tolerancia de las molestias, se empeñan en acusarlos de esto, y no sólo los hombres, pues aun el diablo pensó así. Pues como Job nadaba en abundantes riquezas y gozada de grande opulencia, preguntado por Dios el maligno demonio acerca de él, como nada tuviese que alegar, ni con qué excusar sus crímenes, ni que tocase la virtud del justo, acudió al momento a esta defensa diciendo: “¿Acaso Job

teme a Dios de balde? ¿No le tienes a cubierto por todas partes, así a él como a su casa y a toda su hacienda? ¿No has echado la bendición sobre las obras de sus manos, con lo que has multiplicado sus bienes en la tierra" (JOB, 1-9,10); por la paga, dijo, sigue él la virtud, gozando de tanta opulencia.

¿Qué hizo, pues, Dios? —Para manifestar que los santos le (sirven y) adoran, no por la paga, quitóle toda la hacienda, abandonóle en manos de la miseria y permitió que contrajese una enfermedad grave (y asquerosa). Luego echándole (al demonio) en cara sus temerarios pensamientos, dice: *"aun conserva la inocencia"* (Job, 2-3). Porque a los santos, como remuneración y paga, basta esto: que Dios sea verdadero: que aun para el que ama es bastante retribución amar al amante, y nada más pretende, ni piensa que haya cosa mayor que esto. Pues si para con un hombre es así, mucho más que el diablo había pedido. Este dijo: *"Extiende tu mano y toca a sus huesos y carne"* (Job., 2, 5); y Dios no esto, sino que dijo: *"En tu mano está"* (y 6), se lo entregó. Al modo que en las luchas exteriores los de cuerpo vigoroso, y los atletas de hermosa forma, no lo parecen, cuando van cubiertos con un vestido empapado en aceite, sino cuando despojados de él se presentan en el estado desnudos, entonces principalmente es cuando a los espectadores llenan del todo de asombro por la proporción de los miembros, cuando nada puede disimularla; así Job, en verdad cuando se hallaba envuelto en tantas riquezas, quién era, no a muchos era claro; mas cuando las arrojó, como el atleta las ropas, y desnudo entró en las luchas de la piedad, así despojado venció a todos los espectadores, en tanto que los coros angélicos aclamábanle por la paciencia de su ánimo y aplaudían a aquel vencedor. Pues como ya lo he dicho arriba, revestido de todas las riquezas, no aparecía a los hombres tal, como cuando, despojado de ellas, como de una ropa, salió en medio del orbe como en un teatro; y todos admiraron la buena forma de sus costumbres; y no sólo era contemplado en la pérdida de la hacienda, sino también en la lucha de la paciencia por la enfermedad.

POR QUÉ DIOS HAYA ENTREGADO EN PODER DEL DIABLO EL CUERPO DE JOB. Pues como antes he dicho, Dios no le hirió por sí mismo, para que no dijera otra vez el diablo: le has perdonado, y no le has puesto en tanto apuro como convenía; sino que al mismo diablo facultó para la destrucción de los rebaños, y de la salud de la carne. Como si hubiese dicho: tengo confianza en el luchador, por tanto no te (estorbo) ni prohíbo que le propongas toda clase de luchas. Pero así como

los admirados luchadores, fiando en su arte y en la robustez del cuerpo, de ordinario no van derechos a pelear, como de igual a igual, sino que se ponen en medio para ser aprehendidos por el cuerpo a fin de obtener victoria más ilustre; así Dios entregó al santo para que fuese cogido por el diablo, para que cuando hubiere vencido, a pesar de tantas ventajas en la lucha, y le haya derribado en el suelo, se le de una corona más brillante. Probado está el oro, pruébalo a tu gusto, acrisólalo como quieras, no encontrarás en él escorias.

Mas no sólo nos demuestra la fortaleza de otros; ofrece también grande consolación. Pues dice Cristo: *“Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira todo mal contra vosotros... Del mismo modo persiguieron a los profetas que ha habido antes de vosotros”* (MATEO, 5-11,12). Y otra vez habló para consolar a los Macedonios: *“Vosotros habéis imitado a las iglesias de Dios que hay en Jerusalén; siendo así que habéis sufrido de los de vuestra nación las mismas persecuciones que aquellas han sufrido de los judíos”* (I TESALONICENSES, 2-14). Y a los hebreos, los consuela así: enumerando todos los justos que vivían en los hornos, lagos de leones, soledades, montes, cuevas, con hambre y angustia (HEBREOS, 11-36), pues la comunión de las molestias acarrea a los caídos algún consuelo.

Y que también hable el texto de resurrección, escucha al mismo Pablo cuando dice: *“¿De qué me sirve (hablando como hombre) haber combatido en Efeso contra bestias, si no resucitan los muertos?”* (I CORINTIOS., 15-33). *Si nosotros sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres* (v.19). Innumerables males padecemos en la presente vida, dice, pues si no se espera otra vida, ¿quién habrá más miserable que nosotros?

9. NUESTRO PATRIMONIO NO SE LIMITA A LOS TÉRMINOS DE ESTA VIDA. De donde es manifiesto que, nuestro patrimonio no está circunscripto en el círculo de esta vida. Esto es patente por las tentaciones (o pruebas), pues Dios nunca permitirá que los que han padecido tantos y tales males, y que pasan la presente vida toda entre tentaciones y peligros, no sean recompensados con dones mucho mayores. Y si esto no puede sufrirse, es cierto que ha preparado otra vida mejor y más ilustre, en la cual ha de coronar a los luchadores piadosos, y alabarlos en presencia de todo el orbe. Así pues, cuando veas que un justo está angustiado, afligido, en debilidad, pobreza, y en otras mil molestias, y que así acaba la presente vida, di para tus adentros: si no hubiera

resurrección y juicio, Dios no hubiera permitido que quien tanto padeció por su causa salga de aquí sin haber disfrutado de bien alguno, de donde es manifiesto que El prepárale otra vida más feliz y agradable que la presente y mucho mejor. De no ser así, jamás hubiera dejado que muchos en verdad malos gocen en esta vida, mientras que muchos justos están en grandes privaciones; mas como hay preparado otro tiempo, en el que ha de dar a cada uno su merecido, a éste de su improbidad y a aquel los premios de su virtud: por esto permite que mientras éste vive afligido aquel viva entregado a los deleites.

Mas procuraré aducir otra causa, según las Escrituras. Y ¿cuál es ésta? —Para que nosotros, invitados a imitar la misma virtud, no digamos que ellos fueron de otra índole, particioneros de otra naturaleza, o que no fueron hombres. Por esto Santiago el hablar del grande Elías, dice así: *“Elías era un hombre pasible y semejante a nosotros”* (SANTIAGO, 5-17). ¿Ves cómo por la comunión de los padecimientos demuestra que es hombre como nosotros? —Y otra vez: *“A la verdad que soy también yo un hombre mortal, semejante a los demás”* (SABIDURÍA, 7-1); esto es, declaración de comunidad en naturaleza.

Y con el fin de que aprendas cómo aquí enseña a quienes se ha de tener por felices, esto es muy claro: porque habiendo oído a Pablo decir: *“Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratamientos y no tenemos dónde fijar nuestro domicilio. Y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos”* (HEBREOS, 12-6); es cierto que *“El Señor al que ama, le castiga, y a cualquiera que recibe, le azota”*; es cierto que nosotros hemos de alabar y emular, no a los que viven en ocio, sino a los que por Dios están afligidos, vejados, y que cultivan la virtud y la piedad. Así dice el profeta: *“Sálvame y sácame de las garras de esos extranjeros; de cuya boca no sale sino vanidad (y mentira), y cuyas manos están llenas de iniquidad. Los hijos de los cuales son como nuevos plantíos en la flor de su edad; sus hijas, compuestas y engalanadas por todos lados, como ídolos de un templo; atestadas están sus despensas, y rebotando toda suerte de frutos: fecundas sus ovejas, salen a pacer en numerosos rebaños. Tienen gordas (y lozanas) sus vacas; no se ven portillos ni ruinas en sus muros (o cercados); ni (se oyen) gritos de llanto en sus plazas.— Feliz llamaron al pueblo que goza de estas cosas”* (SALMO 143-11 a 15). Mas, ¿qué es lo que dices tú, oh profeta? *“Feliz aquel pueblo que tiene al Señor por su Dios”* (v.15). No al que nada en riquezas, sino al que está adornado de piedad, a éste tengo yo por dichoso, aunque padezca innumerables males.

Mas si se hubiera de añadir una novena causa, podríamos decir que la tribulación hace más estimados a los atribulados, "*Sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia, la paciencia (sirve a la) prueba (de nuestra fe), y la prueba (produce) la esperanza, esperanza que no burla*" (ROMANOS, 5-3, 4, 5). ¿Ves cómo la prueba de la tribulación nos trae la esperanza de lo futuro, y cómo el permanecer en pruebas hace que esperemos bienes para lo venidero? Así es que no por temeridad declara que estas tribulaciones, nos indican la esperanza de la resurrección y que hacen mejores a los vejados. Ya que dicen: "*Así como en el fuego y crisol se prueba el oro y la plata, así los hombres aceptos (a Dios) se prueban en la fragua de la tribulación*" (ECLESIÁSTICO, 2-5).

Y aún podemos decir una décima causa. —Y, ¿cuál es ésta? —La que repetidas veces he indicado antes: porque si tenemos algunas faltas, así las depongamos. Declarando esto el patriarca (Abraham) decía al rico (Epulón): "*Acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, males; y así éste ahora es consolado y tú atormentado*" (LUCAS, 16-25).

Y además de ésta encontramos también otra.— ¿cuál? —Para que se nos aumenten los premios y coronas, porque cuanto más se intensifican las tribulaciones, tanto más se amplían las retribuciones, mejor dicho, mucho más: "*Los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera, que se ha de manifestar en nosotros*" (ROMANOS, 8-18).

Teniendo, pues, tantas causas que aducir de las aflicciones de los santos, no nos indignemos en las tribulaciones, ni nos angustiemos, ni nos turbemos, antes no sólo eduquemos nuestras almas, sino que enseñemos esto a los demás.

Y si vieres a un hombre virtuoso, seguidor de la sabiduría, grato a Dios, y que después sufre incontables males, no te escandalices, querido; y si a alguien vieres dedicado a obras espirituales, y que habría de poner al corriente alguna cosa útil, si después le vieres suplantado, no te turbes. Yo he conocido a muchos que preguntan así: Aquel peregrinó al Martirio ¹, para repartir sus riquezas a los pobres, y padeció naufragio, y lo perdió todo: otro también, que hacía lo mismo,

1.— Con el título de Martirio se conocía la Iglesia del Salvador en Jerusalén. Evagrio habla de Martirio-iglesia de San Babil en Antioquía de Siria.

cayó en manos de ladrones, y cuanto que pudo salvar la vida escapando de allí despojado. —Pues, ¿qué respondemos? —Que por nada de esto hay que contristarse. Pues aunque padeció naufragio, no obstante tiene el fruto de la justicia completo, porque de su parte puso todo lo debido, recogió las riquezas, las depositó cuando las hubo recibido; y así se formó en la peregrinación: además el naufragio no fue por gusto suyo.— Mas ¿por qué Dios permitió eso? —Para darlo a conocer.

—Pero añade: los pobres quedan privados de las limosnas—. No tienes tú tanto cuidado de los pobres, cuanto Dios, que los crió: pues aun privados de éstas, puede con todo presentarles ocasión de mayores riquezas.

10. Por lo mismo no le pidamos cuenta de sus hechos, sino gloriifiquémosle en todas las cosas: que no imprudente y temerariamente permite que pasen tales cosas, sino que sin despreciar a los que habrían tenido un consuelo con tales dineros; y dándoles en vez de ellos ocasión de otros alimentos; también el naufragio sufrido lo hizo más probado y le prepara mayor premio: porque mucho más que dar limosna es dar gracia a Dios, cuando está abrumado con tales trabajos.

MEDIMOS EL FRUTO DE LA PACIENCIA POR IGUAL QUE EL DE LA LIMOSNA.—Porque no sólo lo que damos en limosna, sino también aquello de que otros nos despojan, sobrellevado con fortaleza, nos proporciona mucho fruto. Y para que veas que ésto más que aquello, por lo que sucedió a Job lo pondré de manifiesto.

El, mientras poseyó riquezas, abrió su casa a los pobres, y daba todo cuanto tenía; pero no era tan ilustre cuando abrió su casa a los pobres, como cuando al oír que se había derrumbado, no lo llevó a mal. No era tan ilustre cuanto con la lana de sus ovejas vistió a los desnudos, cuando fue esclarecido y admirado, cuando al oír que fuego del cielo había caído y abrasado todos sus rebaños, dio gracias. Antes fue humano, ahora fue sabio: antes se compadeció de los pobres, ahora daba gracias al Señor. Pero no pensó para sí: ¿qué es esto? Están destruidos, los rebaños, con los cuales se alimentaban innumerables pobres; aunque yo fuera indigno de gozar de tanta abundancia, al menos por los que participaban de ella, había de perdonarse. Mas nada de esto dijo ni pensó, pues había conocido a Dios, que todo lo dispone útilmente. Y para que sepas que infirió al diablo una herida más grave cuando, despojado, hizo gracias, que cuando era misericordioso poseyendo, advierte que, mientras poseía el diablo tuvo cierta sospecha, aunque falsa, con la que pudo decir: ¿acaso te sirve de

balde? (Job, 1-9). —Mas luego que le despojó de todo, y se lo arrebató, y esto no obstante Job conservó su benevolencia para con Dios, entonces finalmente se tapó la imprudente boca, y nada más tuvo que alegar: porque aquel varón justo era más resplandeciente que nunca. Porque estar privado de todo, y sobrellevarlo con generosidad y con hacimiento de gracias, es más que dar limosna, viviendo entre riquezas, como se ha manifestado en este justo. Entonces tuvo grande benignidad para con los consiervos; ahora manifiéstase su grande amor hacia Dios.

Pero no hago por temeridad este discurso, sino porque muchos, que daban con frecuencia limosnas, y sustentaban viudas, quedaron desposeídos de toda hacienda: otros en un incendio lo perdieron todo; otros sufrieron naufragio; otros ya por calumnias, ya por cualquiera suerte de injurias, después de haber hecho muchas limosnas, se vieron reducidos a suma indigencia, enfermedad y miseria, y de nadie recibieron auxilio alguno.

Pues para que no digamos lo que muchos dicen algunas veces: Nadie sabe nada; bastan las cosas antedichas para ahuyentar todo temor. —Dice: Aquel que hacía limosnas todo lo ha perdido. —Mas, ¿acaso es verdad que lo ha perdido todo? Si de tal pérdida diere gracias a Dios, obtendrá, sacará de Dios mucho mayor benevolencia: que no el doble, como Job, sino el cien doblado recibirá en la vida eterna. Pues como aquí sufra el mal, éste le dará allí más rico tesoro, porque lo sobrelleva todo generosamente; ya que para llamarle a mayores servicios y luchas, Dios permitió que de la abundancia cayese en la pobreza.

¿Acaso el fuego repentinamente sobrevenido consumió totalmente la casa y aniquiló enteramente la hacienda? —Acuérdate de lo sucedido a Job: da gracias al Señor, que pudiendo estorbarlo, no lo estorbó: y recibirás tanta paga, cuanta si todo ello lo hubieses puesto en las manos de los pobres. Pero ¿vives en la indigencia, en hambre y en peligros sin cuento? Acuérdate de Lázaro, que luchaba con la miseria, el desamparo y otras incontables molestias, y esto después de tanta virtud: acuérdate de los Apóstoles, que vivían en hambre, en sed, en desnudez; y de los profetas, de los patriarcas, de los justos; y encontrarás que todos ellos están, no entre los que gozan de las riquezas, no entre los dichosos, sino entre los atribulados y angustiados.

11. Recapacitando esto dentro de ti, al Señor da gracias porque te hizo de esta clase, no como aborrecido, sino por amarte mucho,

pues ni hubiera permitido que ellos padezcan tantas penas, si no los hubiese amado vehementemente, sino que los hacía más esclarecidos con esos males. No hay bien que se iguale a la acción de gracias; como no hay peor que la blasfemia. Para que no nos admiremos, de que los perseverantes en las obras espirituales sufran muchas adversidades. Pues así como los ladrones cavan y acechan asiduamente, no donde hay heno, y pajas, y cañas, sino donde hay oro y plata; así también el diablo acosa mucho más a los que tratan negocios espirituales; hay muchas asechanzas, donde hay virtud: hay envidia, donde hay limosna. Tenemos empero una poderosa arma, que puede deshacer todas las maquinaciones: que por todas estas cosas demos gracias a Dios.

Dime: ¿no es verdad que Abel, que sacrificaba a Dios las primicias, murió a manos de su hermano? (GÉNESIS, 4): no obstante lo permitió Dios, no por aborrecer al que le había honrado, sino por amarle muchísimo, y para darle además de la corona de aquel hermosísimo sacrificio, también la otra del martirio.

Moisés quiso ayudar a un (hebreo) que había recibido una injuria, y estuvo expuesto a morir, y huyó de la patria (EXODO, 2), y lo permitió Dios para que aprendas en la paciencia de los santos. Porque si, sabedores de que nada malo pasaríamos, nos hubiésemos así dedicado a los negocios espirituales, no parecería que hacíamos cosa notable, teniendo tal prenda de seguridad: mas ahora máximamente son admirables los que tal hacen, porque previendo peligros, y daños, y muertes, y males sin cuento, con todo ni se resisten a tales deberes, ni se han hecho más desidiosos por las prevenciones temerosas. Pues así como decían los tres Jóvenes en el horno (de Babilonia): *Porque he aquí que nuestro Dios, a quien adoramos, puede librarnos del horno del fuego ardiente, y sustraernos, oh rey, de tus manos. —Que si el no quisiese, sepas, oh rey, que nosotros no daremos culto a tus dioses, ni adoraremos la estatua de oro que has levantado* (Daniel, 3-17-18); también tú, pues, cuando hayas de hacer algo bueno grato a Dios, preveas muchos peligros, muchos daños, muchas muertes, y ni te admires, ni te turbes, si sobrevienen: *“Hijo, dice, en entrando en el servicio de Dios... prepara tu alma para la tentación”* (Eclesiástico, 2-1). Pues ninguno que se determina a luchar espera ganar la corona sin heridas. Tú, pues, carísimo, que has emprendido luchar con el diablo, no aspire a llevar una vida segura y llena de delicias. Que no ha prometido Dios dar aquí retribución y promesas, sino en el siglo

venidero las recompensas merecidas. Así es que cuando hubieres hecho algún bien y hayas recibido contrariedades, o cuando vieres que otro las padece, gózate y alégrate: tienes motivo de mayor recompensa. No desmayes ni aflojes tus deseos, ni te hagas más remiso, antes bien insiste con más contento y gallardía. Que los apóstoles, cuando predicaban, por más que fueran azotados, apedreados y muchas veces encarcados, no tan sólo cuando libres de peligro, sino en los mismos peligros, con mayor entusiasmo anunciaban la predicación de la verdad. Y es de ver a Pablo hasta en la misma cárcel, y en cadenas, instruyendo, iniciando y haciendo también otro tanto en el foro judicial, y en el naufragio, y en la tempestad, y entre innumerables peligros. Tú emula también a estos santos, y mientras puedas, no desdigas de las buenas obras: y aunque mil veces vieres al diablo que te estorba, de ningún modo te retraigas.

Así, pues, tú que llevabas los dineros (de las limosnas) y naufragaste; y Pablo, que iba a Roma para llevar la palabra, de más precio que todas las riquezas, también naufragó y padeció molestias infinitas. Es él quien declaró esto cuando decía: *Por eso quisimos pasar a visitaros; y en particular yo, Pablo, he estado resuelto a ello más de una vez; pero Satanás nos lo ha estorbado* (I Teslonicenses, 2-18): y Dios lo permitió, demostrando sobradamente su poder, y dando a conocer que, con poner el diablo infinitas dificultades y estorbos, en nada se disminuía por esto la predicación, ni era interrumpida. De ahí que Pablo en todo daba gracias a Dios, sabiendo que Dios se hacía por esto más estimable y presentaba la fuerza vehemente de sus propósitos en todo, no quedando cohibido por impedimento alguno.

Así, pues, cuantas veces fuésemos estorbados, otras tantas emprendemos las obras espirituales: y no digamos: ¿por qué permite Dios estos estorbos?, que para esto los permite, para que mucho más demuestres tu deseo y tu mucho amor. Lo que, empero, es lo más propio del que ama es el jamás desistir de lo que complace el amado. El fojo y el (cobarde) perezoso sí que retrocede ante la primera acometida; el vehemente y resuelto, aunque mil veces sea estorbado, tanto más insiste en las cosas divinas, dando cumplimiento a todo cuanto de él depende, y dando gracias a Dios en todo. Hagamos también nosotros esto mismo.

La acción de gracias es tesoro grande, grande riqueza, bien que no se consume, fuerte armadura: la blasfemia, al contrario, se busca la quiebra presente, y hace además perecer mucho más que lo que se había perdido. —¿Has perdido el dinero? —Pues si dieres gracias, has

ganado el alma y adquirido mayores riquezas, porque te has conciliado más amplia benevolencia de Dios para ti; pero si blasfemaste, perdiste además tu salvación, y no lo recuperaste, y el alma que tuviste, también la has matado.

12. MANDA QUE LOS BLAFEMOS SEAN CORREGIDOS Y VAPULEADOS. Pero ya que se han dicho unas palabras de la blasfemia, quiero pedir un favor a todos vosotros, como recompensa de esta exhortación: que me castigéis a los que blasfeman en la ciudad. Si vieres a alguno que blasfema de Dios en la calle o en la plaza, acércate, repréndele: y si hay que aplicar (castigo) azotes, no rehúyas; abofetéale la cara, rómpele la boca, santifica tu mano con el golpe. Y dado que algunos denuncien y seas llevado a juicio, sigue: y si el juez en su tribunal sentado te condena, di con libertad que (aquel) ha blasfemado contra el Rey de los ángeles. Pues si a los que blasfeman al rey terreno es preciso castigarlos, mucho más a los que a Dios contumelian. Porque el crimen es común, la injuria pública, lícito, es a cualquiera el acusar.

Sepan tanto los judíos, como los gentiles, que los cristianos son los custodios conservadores de la ciudad, los curadores, los presidentes, los maestros: y lo mismo adviertan los disolutos y perversos, que los servidores de Dios han de ser temidos de ellos, para que si osaren alguna vez hacer cosa semejante, se lo miren bien por todos lados, y teman las sombras, recelosos de que no vaya algún cristiano que los oye, a asaltarlos y los castigue con gran valentía.

—¿No has oído lo que hizo Juan (el Bautista)?— Vio al tirano quebrantador de la ley matrimonial y con valentía en público foro dice: *No te es lícito tener por mujer a la que lo es de tu hermano* (MARCOS, 6-18). Pero yo no te he presentado ante el tirano, ni ante el juez, ni en contra de ilegítimas nupcias, ni en favor de consiervos injuriados: sino por la ira (blasfema) contra Dios, te pido que castigues a un igual. ¿Acaso no hubieras dicho que estoy loco, si te hubiera dicho: castiga, reprende a los jueces que prevarican? Y no obstante, Juan lo hizo: de modo que no está sobre nosotros hacerlo.

Ahora bien: corrige cuando menos al consiervo, o igual, y si es necesario morir, no tengas miedo en corregir a un hermano: es para ti un martirio, pero también Juan fue mártir. No se le mandó sacrificar, no adorar un ídolo; pero dio su cabeza por las sagradas leyes violadas. Tú, pues, lucha también hasta morir por la verdad, y Dios peleará en tu favor.

Y no me digas la escalofriante frase: ¿qué me importa a mí?, nada tengo que ver con él. —Solamente con el diablo nada tenemos común; pero con todos los hombres tenemos comunes nuestras cosas. Porque son con nosotros partícipes de la misma naturaleza, habitan la misma tierra, se alimentan con iguales alimentos, tienen el mismo Señor, reciben las mismas leyes, están invitados con nosotros a los mismos bienes.

No digamos, pues, que nada tenemos común con ellos: este dicho es satánico, inhumano, diabólico. No digamos ya tales cosas, tengamos empero el conveniente cuidado de nuestros hermanos. Que yo prometo hacerlo con todo cuidado, y os lo prometo formalmente: y si todos los aquí presentes quisiéreis procurar la salvación de los ciudadanos, en breve toda la ciudad estará corregida; aunque está aquí la mínima parte, es mínima en número, mas en piedad es máxima.

Procuremos, pues, la salvación de los hermanos: un solo hombre inflamado en celo de la fe es bastante para corregir todo un pueblo. Mas cuando no sea uno solo, ni dos, ni tres, sino toda la multitud, la que pueda poner mano para curar a los negligentes, ya que por otro motivo que por vuestra indolencia, y no por enfermedad, muchos perecen y caen. ¿Por ventura es absurdo, si es que en la plaza vemos una riña, el acercarse allí y conciliar a los que riñen? más, ¿qué digo riña? Si viéramos que un asno ha caído, todos le damos ayuda y a la vez le levantamos. Y ¿no tendremos cuidado alguno de los hermanos que perecen? Pues asno es el blasfemo: no pudiendo con el peso de la ira, ha caído: acércate, levántale con palabras, con obras, con suavidad, con energía, con remedios variados.

Si de este modo disponemos lo nuestro, y alcanzamos la salud de los prójimos, pronto seremos deseados de aquellos que admiten la corrección, y también dignos de ser amados, y lo que es mayor que todo, disfrutaremos de los bienes acaudalados, los que nos acontezcan alcanzar por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual, y con el cual al Padre y al Espíritu Santo sean la gloria, el poder, el honor, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA II

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía II

1. ¿Hablaré o callaré?— La sedición lo ha trastornado todo.—Dejadme llorar.—Calamidad de los antioqueros.—Antes por.

2. el terremoto; ahora por el inminente gravísimo peligro.—Bellísima enumeración descriptiva.—Transición.

3. Hablaré para disipar la nube de la tristeza.—El cristiano debe soportarlo todo generosamente por la esperanza de lo futuro.—Insiste contra los blasfemos.—Os lo predije.

4. Ha sucedido.—Es castigo de la negligencia en reprimir a los blasfemos.—Rechaza los aplausos y propone el fruto que desea.—Entra en el asunto de la homilía.—Cuáles son verdaderas riquezas.

5. No manda la pobreza, sí la modestia y humildad.—La arrogancia.—No son malas las riquezas, sino la avaricia.—La pobreza es electiva, no impuesta.—Quien es rico.—La hospitalidad.—Las casas: su fin y su uso.—Falacia de los bienes materiales.—Cristo recibe, guarda, agradece, premia y devuelve los depósitos que en los pobres le son confiados.

6. Frutos de la limosna.—Es útil para lo futuro y para lo presente.—Inconstancia de las riquezas.—De ella tenemos el uso, no el dominio.—Bienes comunes son los necesarios: los particulares no son necesarios.

7. Fines concretos de las riquezas.—Grande riqueza es el temor de Dios.—En sola una cosa parecen superar las riquezas a la pobreza.—Ni aun en esto las superan: en comidas, bebidas.

8. Sueño.—El pobre come, bebe y duerme más a placer que el rico.—Elogio de la vida de trabajo: Adán y Pablo.—La pobreza es para los que la saben sobrellevar una rica posesión.—Antítesis del pobre y el rico.—En las injurias.

9. La pobreza no daña, sino ayuda.—Elías fue pobre.—Elías dejó su manto a Eliseo; Cristo nos ha dejado su carne al ascender al Padre.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a Tillemón supone que el jueves o el sábado antes de la Cuaresma predicóse esta homilía, por aquellos días, siete después de sucedido el motín y sedición, dice el Crisóstomo que hablaba. Dice haber callado por espacio de siete días, porque los antioquenos, consternados por la ingente calamidad y por la magnitud del peligro inminente, no estaban para escuchar sermones.

2.^a Patéticos afectos brotan con ímpetu de cristiano celo: antes Dios con el terremoto sacudió la tierra y las casas de la ciudad, ahora ha sacudido las almas de los moradores y los ha despertado de la negligencia y sopor en corregir a los blasfemos.

3.^a Véase la nota final del núm. 2 de esta homilía.

4.^a Maravillosa enseñanza sobre la manera de apreciar las cosas el cristiano: el hombre aprecialas según la proyección horizontal, el cristiano las aprecia según la proyección vertical, desde Dios y su amorosa Providencia.

* * *

1. ¿Qué diré? o ¿de qué hablaré? El momento actual es para llorar, no para hablar: de llantos, no de discursos: de oración, no de sermón.

Es tan grande la magnitud de los hechos, tan incurable la herida, tan profunda la llaga, que es mayor que toda medicina, y está necesitada de la ayuda divina. Que así como Job, perdidas todas sus cosas, estaba sentado en un estercolero (JOB, 2-8), y los amigos al oírlo acudieron, y al verlo desde lejos, rasgaron los vestidos, se cubrieron de ceniza, y lloraron a gritos: otro tanto tenían que hacer ahora todas las ciudades vecinas: venir a nuestra ciudad, y llorar con toda conmiseración lo que ha sucedido. Aquel (Job) estaba entonces sentado en un muladar, ésta ahora está caída en un peligroso lazo. Pues así como el diablo asaltó entonces los rebaños, y los ganados, y toda la hacienda del justo; así ahora se ha cebado en toda la ciudad. Pero *entonces y ahora lo ha permitido Dios*: entonces, en verdad *para hacer el justo más eslcarecido*, con la grandeza de las pruebas; y ahora *para hacer-nos más modestos* con la magnitud del castigo.

Dejadme que llore lo presente.—Hemos callado siete días, como los amigos de Job (2-13); permitidme que hoy abra la boca, y deplore esta calamidad común.

—¿Quién nos envidió, carísimos? ¿Quién ha estado rabioso de envidia contra nosotros? ¿De qué ha sobrevenido tan grande mudanza?—Nada había sido más venerable que nuestra ciudad: ahora nada hay más miserable. Este pueblo tan compuesto y moderado, que era como un caballo dócil y tranquilo, siempre obediente a las manos que los guiaban, de repente ahora tanto se nos ha encabritado, que ha cometido tantos desmanes, cuantos ni decir se puede. Me lamento y lloro ahora, no por la magnitud de la amenaza, que se prevé, sino por la grande locura de los crímenes. Porque aun dado que el emperador no se irritara, y no castigara, y corrigiera, dime: ¿cómo soportaríamos la ignominia de lo hecho? El llanto me impide la exposición doctrinal, apenas puedo abrir la boca y mover los labios, y la lengua, y articular

palabras: como un freno impide a mi lengua la fuerza del dolor, y corta la palabra. Antes no había ciudad más feliz que la nuestra: ahora nada hay más desagradable. Como las zumbadoras abejas a la colmena, así todos los días los ciudadanos acudían a la plaza, y todos nos felicitaban de tanto concurso.

CALAMIDAD DE LOS ANTIOQUEÑOS DESPUÉS DE DERRIBADAS LAS ESTATUAS. Mas he aquí que la colmena está solitaria (despoblada): pues así como el humo ahuyenta las abejas, a estas otras abejas alejó el temor: aun mejor que lo que el profeta dice de Jerusalén llorando, esto aplicaremos nosotros a lo presente: *“Nuestra ciudad ha quedado como un terebinto despojado de su follaje, y como un huerto jardín sin agua”* (ISAÍAS, 1-30). De la manera que el huerto, al faltar el riego, presente los árboles desnudos de hojas y privados de fruto, así se nos ha quedado la ciudad. Porque destituida del auxilio divino, ha quedado solitaria (desierta), despoblada de casi todos los habitantes. No hay cosa más dulce (agradable) que la patria; pero ahora nada más amargo se presenta. Como de un lazo huyen todos de la tierra en que nacieron, la abandonan como un infierno, se alejan como de un fuego. Y así como de una casa (incendiada) presa del fuego, no sólo los moradores, sino todos los convecinos se retiran precipitadamente, cuidadosos de salvar al menos el cuerpo; así también ahora, mientras la ira real se presiente como una llama de lo alto, antes de que avanzando lentamente los alcance, cada cual se apresura a salir y conservar el pobre cuerpo: nuestra miseria ya es un enigma: fuga sin enemigos, transmigración sin lucha, y cautividad sin derrota: no hemos sentido el fuego de los bárbaros (extranjeros), ni hemos visto caras de enemigos, y sufrimos lo que los cautivos. Ahora todos conocen nuestras calamidades, pues al recibir a los que se destierran, de ellos oyen la ruina de la ciudad.

2. Pero no estoy confundido y avergonzado de esto: que todos conozcan los peligros de la ciudad para que, condoliendo a la madre, eleven a Dios un clamor universal en toda la tierra, y unánimemente pidan del Rey del cielo por la madre y común nodriza de todos. Primero fuenos herida la ciudad, ahora se ven sacudidas las almas de los habitantes: antes se conmovían los cimientos de las casas, ahora lo más profundo (lo íntimo) de cada corazón, y cada día tenemos ante los ojos la muerte vivimos en continuo temor, y sufrimos la pena de Caín, más afectados que en otro tiempo los miserables moradores de la cárcel y estamos sitiados de un modo inusitado y nuevo, y más

grave que pensarse puede. Porque los que de los enemigos sufren, sólo están cerrados entre muros; mas a nosotros la plaza es inaccesible, y cada uno está encerrado en su casa; y como para los sitiados no es seguro el pasar los muros, estando fuera los enemigos asediando, así a nosotros, habitantes de la ciudad, es peligroso salir de casa, ni puede presentarse en público por motivo de los que van cazando por doquiera lo mismo a los inocentes que los culpables, y los arrebatan de en medio de la plaza, y los arrastran (llevan) a juicio de cualquier modo y temerariamente. De ahí que los libres estén dentro aprisionados con sus siervos; y se pregunta con ansiedad, con curiosidad se busca saber de boca de los que pueden saberlo con seguridad: ¿Quién fue hoy preso, quién fue conducido, quién castigado?, y llevan una vida más miserable que la misma muerte, obligados a lamentar diariamente las ajenas miserias, y temiendo por la salud propia, y no teniendo nada mejor que los muertos porque antes están muertos de miedo. Y si alguno, que está sin estos miedos y angustia, quisiere acudir al mercado, al momento vuélvese a casa con cara del todo triste, al ver solamente a uno o dos, cabizbajos, allí donde pocos días antes el gentío formaba un río caudaloso. Ahora todos se nos han alejado. Y así como en un bosque en donde se cortan muchos árboles la vista resulta desagradable, como una cabeza con muchas calvas; así el suelo de la ciudad, quitados los hombres y apareciendo frecuentemente pocos, se ha tornado ingrato, y causa en los que lo miran una densa nube de tristeza. Y no sólo la tierra, sino el mismo aire natural, y el disco de los rayos solares me parecen estar triste y que alumbrar menos: no porque hayan cambiado de naturaleza, los elementos, sino por nuestros ojos, que están nublados por la tristeza, y no pueden recibir con limpieza y con el mismo afecto la luz de los rayos. Esto es lo que en otro tiempo lloraba el profeta al decir: *“El sol se pondrá al mediodía, y haré que la tierra se cubra de tinieblas en la (mayor) luz del día”* (Amós, 8-9). Pero decía esto, no porque el astro se ocultase ni porque el día se desvaneciese; sino porque los tristes ni al mediodía podrían ver el sol por la nube del dolor. Lo mismo pasó ahora: y adondequiera que se mire, ya al suelo, ya a las paredes, ya a las columnas de la ciudad, o también a los prójimos, parece que se mira una noche, una lobreguez: ¡tanto está todo inundado de tristeza! Doquiera el silencio lleno de horror y la soledad; aquel deseable murmullo de multitud está muerto, extinguido: como si todos estuvieran soterrados, así envuelve ahora el silencio a la ciudad, todos están

petrificados, y cohibidos por la calamidad; como por un freno de la lengua, guardan profundísimo silencio, como si los enemigos se hubiesen echado encima, y a todos los hubiesen acabado a sangre y fuego.

Ahora es tiempo de repetir: *"Id en busca de plañideras, y llamadlas que vengan* (luego) *y envidad a buscar a las que son más diestras* (en hacer el duelo, y decidles) *que se den prisa"* (JEREMÍAS, 9-17). Saquen vuestros ojos lágrimas, vuestros párpados destilen agua. ¡Collados! Golpeaos; ¡Montes!, llorad. Llamemos a toda la creación para que se compadezca de nuestros males. La ciudad tan grande ¹. Capital de Oriente, está en peligro de ser borrada del orbe: ahora, la que tenía muchos hijos, de repente se ha quedado sin hijos, y sin uno que la auxilie. Porque ha sido ofendido el que no tiene igual en la tierra: pues es Emperador, la dignidad más encumbrada (el primero y), cabeza de todos los hombres. Por tanto acudamos al Rey supremo, invoquémosle en nuestro favor: que si no conseguimos la gracia de Dios, no nos queda ninguna reparación de los desmanes.

3. Hubiera querido acabar aquí el sermón: que los ánimos de los que gimen no gustan de largos discursos: pero así como oscura nube, que se pone por debajo de los rayos del sol apaga todo el pasado resplandor, así la nube de la tristeza, habiéndose puesto en nuestro ánimo no deja que la corriente de la palabra sea fácil, sino que la sofoca y con gran fuerza la reprime dentro. Lo cual sucede no sólo a los que hablan, sino también a los oyentes; que si no permite que el orador con facilidad hable, tampoco consiente que se infiltren en la mente de los que oyen con la energía debida. Por cuanto hasta los judíos (o Hebreos) ocupados en trabajar adobes y ladrillos (Exodo, 5) no podían escuchar a Moisés, que muchas veces les hablaba de cosas grandes para su salvación, siendo la tristeza la que hacía inaccesibles a la mente las palabras, y tapaba los oídos. Por esto en verdad quería yo terminar aquí de hablar; mas pensando que las nubes no sólo no impiden, dada la naturaleza del rayo solar, que pase adelante, sino que también ellas mismas frecuentemente lo experimentan: porque habiendo sido disipada (evaporada, desmenuzada) la nube por el sol más fuerte, que embiste de continuo y deshace el centro, y luciendo del

1.— Antioquía era la capital del Oriente, llegó a tener 300.000 habitantes libres y 200.000 siervos, magnífico centro comercial opulenta por sus monumentos, riquezas, ornato y situación.

todo espléndido, muéstrase a las miradas de los espectadores: esto espero yo que he de hacer hoy: y con la palabra que cae de continuo en vuestros ánimos, y que permanece más tiempo, espero que se ha de disipar la nube de la tristeza, y que vuestra inteligencia ha de brillar otra vez con la acostumbrada doctrina. Pero dadme vuestra alma, prestadme atención un poco de tiempo, sacudid la tristeza.

Volvamos a la antigua costumbre y como tuvimos costumbre de venir aquí con alegría, así hagamos ahora, dejándolo todo en manos de Dios. Esto también nos ayudará a dar la solución de la calamidad. Pues si Dios nos viere que asiduamente oímos sus sermones, y que la disciplina no la desechamos por la dificultad del tiempo, prontamente nos recibirá, y dará tranquilidad y un cambio bonacible en la presente tempestad.

EL CRISTIANO DEBE SOPORTARLO TODO GENEROSAMENTE POR LA ESPERANZA DE LO FUTURO. Porque el cristiano ha de diferenciarse de los infieles también en esto, en sobrellevarlo todo con generosidad, y levantado con la esperanza de lo venidero, se muestre superior al ímpetu de los males humanos. Fundamentado sobre roca está el fiel: por eso es inexpugnable a los azotes de las olas. Pues si las olas de tentaciones se encrespasen, no llegan a sus pies: él está más alto, firme contra todo incurso de ellas. No decaigamos, pues, de ánimo, carísimos: *no tanto cuidamos nuestra salvación, como Dios que nos hizo*; no nos interesa tanto el no padecer nada grave, como interesa al que nos donó el alma, y además tantos otros bienes nos confirió.

Con estos motivos de esperanza levantemos nuestros ánimos, y con la acostumbrada alegría escuchemos lo que se ha de decir. Una larga oración, expuse poco ha ante vuestra caridad, y os veía a todos obsequiosos, y a ninguno que se había salido a la mitad del discurso.

CONTRA LOS BLASFEMOS.—Os estoy agradecido de aquel cuidado del alma, y recibí la paga de mis esfuerzos: pero entonces os exigí otra recompensa. Puede que la sepáis y recordéis.

Y ¿qué merced os pedía? El castigar a los blasfemos de la ciudad, y corregir a los que injurian a Dios, y a los insolentes cohibirlos.

Pienso que no dije tales cosas de mi cuenta, sino que Dios, que conoce los acontecimientos futuros, las puso en nuestra mente. Pues si nos hubiésemos atrevido a castigarlos, no habrían sucedido las cosas que han sucedido. ¡Cuánto mejor era, ya que hubiera que arriesgarse, haber sufrido algo por corregirlo y castigarlos, lo cual nos habría reportado la corona del martirio, que no ahora temblar, y te-

mer, y aguardar la muerte por causa de su petulancia! He aquí que el crimen fue cometido por pocos, y la culpa se ha hecho común: ved como por unos pocos, ahora todos estamos temblando, y aguantamos las penas de los desmanes por ellos perpetrados. si nos hubiésemos adelantado a expulsarlos de la ciudad, y los hubiéramos corregido, y hubiésemos curado el miembro enfermo, no estaríamos llenos del pavor actual. Conozco de tiempo las costumbres nobles de la ciudad; pero algunos peregrinos y hombres comunes, malvados y perniciosos, y desesperados de salvarse, han maquinado lo que se ha hecho. Por esto no desistí de clamar y de invocar: Castiguemos el furor de los que blasfeman, corriamos su mente, proveamos a su salvación; y si por hacer esto hay que morir, esto nos proporcionará rica ganancia: no descuidemos que el Señor de todos es atacado con contumelias; el menospreciar esto acarreará a la ciudad un mal grande.

4. Esto predecía, ahora ya sucedió: y pagamos la pena de nuestro letargo. Despreciaste que Dios fuese injuriado: pues ha permitido que el Emperador sea ofendido con injurias, y que amenace a todos un peligro por todos lados, para que con este temor paguemos la pena de aquella negligencia. ¿Acaso, pues, en vano, o temerariamente os prevenía y con asiduidad llamaba a vuestra caridad? Sin embargo, no se hizo más; pero hágase ahora, y corregidos por la presente calamidad, reprimamos el desordenado furor de ellos; tapémosles la boca, ceguemos esas mortíferas fuentes y cambiémoslos y totalmente desaparecernán los males que se apoderaron de la ciudad.

CRISÓSTOMO RECHAZA LOS APLAUSOS. No es un teatro la iglesia, para que oigamos por recrearnos: es preciso que de aquí se salga favorecido, que se lucre algo y grande, que igualmente al retirarse sean mejores, pues que en balde y temerariamente habremos venido, si preparados para el tiempo de la enseñanza, después nos retiramos vacíos de toda utilidad. ¿Qué utilidad tengo yo de estos aplausos? ¿cuál, de las abalanzas y murmullos?

Mi alabanza es, que vosotros pongáis por obra todo cuando se os dice: entonces seré yo dichoso y feliz: no cuando hayáis oído con aplauso, sino cuando con toda alegría hayáis hecho todo, cuanto nos hubierais oído. Cada uno corrija el prójimo: "*consolaos mutuamente y edificaos*" (I TESALONICENSES, 5-11), dice. Pues si esto no hacemos, el crimen cometido por cualquiera acarreará a la ciudad algún daño común e intolerable. Mirad como , de nada conscientes, no menos que los culpables, estamos aterrorizados, y temblamos, no sea que la ira

del Emperador nos castigue a todos. Porque ni es bastante para excusarnos decir: no estaba presente, no era sabedor, no tomé parte en los desmanes criminales. Pues por esto, dice, serás castigado, y pagarás la última pena, porque no te presentaste y estorbaste a los tumultuosos, y no te expusiste por el honor del Emperador. ¿No participaste en lo cometido? lo alabo y acepto; pero tampoco prohibiste los hechos; esto merece ser acusado. Y oiremos de Dios estas palabras, porque aguantamos en silencio las contumelias e injurias cometidas contra El: porque también el que enterró el talento (Mateo, 25-25, 30), era acusado, no por sus faltas, ya que devolvió íntegro el depósito, sino por no haberlo multiplicado, porque no corrigió a los otros, porque no llevó el talento a los banqueros, es decir, no amonestó, no dio consejo, no corrigió a los pecadores desenfrenados; por eso era arrojado en aquellas intolerables penas. Pero si hasta ahora no, yo espero que al menos ahora vigilaréis para enmendarlos, y no descuidaréis a Dios ofendido en contumelia. Porque lo sucedido puede para adelante persuadir por sí sólo aun a los insensatos, a que defiendan su salvación.

Pero para nosotros es ya hora de poneros la mesa acostumbrada de Pablo, y que propongamos la lección de hoy, la expliquemos a todos.— Y ¿qué es lo leído hoy?—”A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos”...(TIMOTEO, 6-17). El que dijo: “A los ricos de este siglo”, demostré que hay otros ricos en el siglo futuro: como era aquel Lázaro, en verdad pobre en esta vida, pero rico en la otra futura; no sobrado de oro y plata y otra materia corruptible y que se marchita, sino de aquellos bienes arcanos, que “*ni ojo (alguno) vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento*” (I CORINTIOS, 2-9).

CUALES SON VERDADERAS RIQUEZAS.— Porque éstas son las verdaderas riquezas y la opulencia, las que son bienes inmarcesibles, y que no admiten mudanza alguna. No era así aquel rico despectivo, pero que vino a ser el más pobre de todos. Porque buscando después de lo presente una gota de agua, ni esto pudo conseguir: a tanta pobreza había llegado. Por esto (Pablo)... se dirigió a los ricos del presente siglo, para que aprendan que con la vida se desvanece la opulencia: no pasa más allá, no se va junto con los poseedores que transmigran, sino que muchas veces los abandona antes de la muerte: y esto mismo demuestra al decir: “*Y a no esperar en lo incierto de las riquezas*” (I TIMOTEO, 6-17): pues *nada hay tan desleal como las riquezas*: lo cual habiendo dicho muchas veces, no cesaré de repetirlo: que *son un servidor prófugo, e ingrato, y que no tiene lealtad*; aunque se le

pongan muchas cadenas, aun así huye con todas las tablas. Porque muchas veces los poseedores lo encerraron con cerrojos y puertas, con guardia de criados: mas él, sobornadas las guardias, huyó con los mismos, como arrastrándolos con cadena, y de nada aprovechó la guardia. ¿Qué hay más desleal que esto? y ¿qué más miserable que los que ponen su cuidado en esto? cuando acá suelen recoger con todo empeño una cosa tan escurridiza, y no oyen al profeta que dice: “*¡Ay de los que confían en su fuerza y se vanaglorian de la multitud de sus riquezas!*” (SALMO, 48-7).

Dime: ¿por qué ese ay?—Dice: “*Atesora e ignora para quien lo reunirá*” (SALMO, 38-7): porque cierto es el trabajo, pero incierto es el fruto. Muchas veces trabajas para los enemigos, y te conmueves de afanes; muchas veces después de tu muerte, irá la herencia a los que te injuriaron y te rodearon de mil insidias; a ti te dio los pecados, y a ellos la posesión.

5. Pero ya es tiempo de que se pregunte ¿por qué no dijo: A los ricos de este siglo mándales que no se enriquezcan, impónles que se hagan pobres, que agoten lo que tienen; sino que dijo, manda que no sean altivos ni se engrían? Conoció que la raíz y materia de las riquezas sea soberbia: que si alguien supiere vivir modestamente, no tendrá mucha cuenta de las mismas. Dime si no: ¿por qué te acompañas de tantos servidores parásitos, aduladores, y de tanta pompa? Cierto, no para utilidad, sino por pura arrogancia, para que con esto aparezcas más venerable que los otros hombres.

Además conoció que las riquezas no fueron prohibidas, si alguno usa de ellas por necesidad. Pues así como dije que no es cosa mala el vino, sino la embriaguez; del mismo modo no son cosa mala las riquezas, sino que es mala la avaricia, es mala la codicia. Una cosa es el avaro, y otra el rico: el avaro no es rico, el avaro está indigente de muchas cosas, y el que es indigente de muchas cosas nunca puede ser rico. El avaro es un guardia, no el señor de los dineros; es el siervo, no el poseedor de ellos, más fácilmente daría a cualquiera un pedazo de sus carnes, que hacerle partícipe del escondido tesoro; porque mandado que nada toque de lo ahorrado, de tal manera lo guarda con todo cuidado y lo retiene, que se abstiene de lo suyo, como si fuera ajeno: y ciertamente ajenas son. Porque las cosas que en manera alguna sufre que se repartan a los otros, ni distribuir las entre los necesitados, aunque padeciese infinitas penas: ¿cómo podría pensar que éstas son propias? Y ¿cómo tiene la posesión de ellas, cuando ni el uso ni el disfrute de las mismas tiene libremente?

Añádase también que Pablo no acostumbró mandar todo a todos, sino que se atiene a la flaqueza de los oyentes, como lo hizo Cristo. Pues al rico que se le acerca y habla de la vida, no dijo: ve, vende cuanto tienes; sino que prescinde de esto y le instruye sobre los otros mandamientos. Después cuando ya le invitó, al preguntar: “¿Y qué me falta aún?” (MATEO, 19-20), ni siquiera entonces le dijo simplemente: “vende cuanto tienes”, sino así: “*Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes*” (v.21): esto lo dejó a tu arbitrio, te constituyo dueño de la elección, no te impongo obligación.

Por lo mismo tampoco Pablo hablaba de pobreza a los ricos, sino de humildad, tanto por la debilidad de los oyentes, como porque sabía perfectamente que, como viviesen con modestia, y se alejasen de la soberbia, pronto estarían libres del deseo de las riquezas. Por esto al amonestar que no sean altivos, enseñó también el modo como puedan no serlo. Y ¿cuál es este modo? Si se percataren de la índole de las riquezas, de cuán inseguras y desleales: por lo que infirió: “*Y a no esperar en lo incierto de las riquezas*”. Rico es, no el que tiene muchas cosas, sino el que las da: rico era Abraham, aunque no avaro: que no consideraba la casa, ni con curiosidad escudriñaba la hacienda: sino que saliendo, exploraba si por algún punto había huésped o pobre, para socorrer la pobreza, para recibir al peregrino: no pintó de oro los techos, sino fijando el tabernáculo al amparo de aquella encina, estaba satisfecho con la sombra de las hojas: y parecía tan magnífico aposento, que no se avergonzaba de que los ángeles morasen en él: pues no buscaban el esplendor de la casa, y si la virtud del alma. A éste imitemos, carísimos, y cuando tenemos, démoslo a los pobres. Allí el tabernáculo estaba preparado de rudimentario modo, pero fue más espléndido que los regios salones.

ALABANZA Y PREMIO DE LA HOSPITALIDAD.—Jamás rey alguno hospedó a los ángeles: mas éste (Abraham) sentado al pie de la encina, y fijando la celda, fue digno de este honor, honrado no por la pobreza de la casa, sino por el ornato del alma y las riquezas en la misma almacenadas poseyó tal merced. Así también nosotros, no adornemos las casas, sino mejor que la casa (adornemos) nuestra alma. Pues ¿cómo no será feo recubrir las paredes con mármoles en balde y temerariamente, y descuidar a Cristo, que anda desnudo?

¡Hombre! ¿qué utilidad tienes de la casa? ¿acaso partirás de aquí llevándola contigo? No saldrás llevándotela; pero morirás llevándote el alma por completo. He aquí que nos ha sorprendido este peligro:

que nos asistan las casas, que disipen el peligro que nos amenaza; pero no podrán. Vosotros mismos me sois testigos, al dejarlas desiertas y marchando a la soledad, teniéndolas como unas redes y lazos. Ayúdenos las riquezas: pero carecen de oportunidad. Porque cuando la ira de un hombre vence a las riquezas, mucho más sucederá así en el divino e implacable juicio. Si es un hombre el que se exacerba, y se impacienta, y de nada nos aprovecha el oro; mucho más cuando se enoje Dios, que no necesita dinero, el poder del oro completamente se desvanecerá.

Levantemos casas para habitarlas, no para ensoberbecernos. *Lo que excede a la necesidad, es superfluo e inútil.* Cálzate un calzado mayor que el pie, y no lo tolerarás: pues te estorba para andar: de este modo la casa mayor que la necesidad, te impide el ir al cielo. ¿Quieres levantar casas grandes y espléndidas? no lo prohíbo; pero no sobre la tierra: edifica tabernáculos en los cielos, para que puedas recibir a otros, no faltando jamás los tabernáculos.

¿Por qué te desvives acerca de lo fugitivo, y que se queda aquí? Nada hay más falaz que las riquezas: hoy contigo, mañana contra ti, por doquiera arman los ojos de los envidiosos: son enemigos que conviven, enemigos domésticos: y vosotros los poseedores sois testigos, que de todos modos los enterráis y escondéis: porque ahora mismo las riquezas nos causan un peligro más intolerable. Pues ves ciertamente a los pobres ceñidos, expeditos y preparados para todo: y a los ricos que tienen mucha dificultad, y dando vueltas, y buscando donde escondan el oro, buscando en quién lo depositen.

¡Hombre! ¿para qué buscas consiervos? Cristo está preparado para recibir, y para guardarte los depósitos, y no sólo para guardarlos, sino que los ha de multiplicar y devolver con subido interés: de su mano nadie se libra. Ni tan sólo guarda los depósitos, sino que sobre ellos asegura al depositario. Entre los hombres, quienes reciben depósitos, creen hacernos un favor, si guardan lo que recibieron; mas en Cristo es lo contrario; pues dice no que hizo favor, sino que lo recibió, cuando haya recibido tus depósitos; y por la misma custodia que tiene sobre tus dineros, no te pide paga, dijo que El te da el premio.

6. FRUTOS DE LA LIMOSNA.— Pues ¿qué excusa mereceremos, qué perdón, cuando al que puede guardar, y que da gracias por la custodia, y que por la guarda de grandes y arcanos premios, lo olvidamos, y a los hombres débiles para la custodia tal, y que piensan hacernos una gracia, y que no devuelven sino lo que se les da, le damos nuestra